

MAURICE  
CHEVALIER

CLAUDETTE  
COLBERT

1<sup>pta</sup>

EDICIONES BISTAGNE



EL GRAN CHARCO

"The Big Pond"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18581 - BARCELONA

## EL GRAN CHARCO

Amenísima producción, totalmente hablada en francés, con títulos en español, basada en la comedia de George Middleton y A. E. Thomas.

Adaptación de ROBERT PRESNELL, GARRET FORT  
y PRESTON STURGES

Dirigida por HOBART HENLEY

Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91  
BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES:

**Maurice Chevallier**

y

**Claudette Colbert**



# EL GRAN CHARCO

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### I

El señor Billings llegó a Venecia molido después del largo y precipitado viaje.

Estaba en Londres, arreglando ciertos asuntos referentes a su importante negocio de goma de masicar, cuando recibió un cable urgente de su esposa, llamándole desde Venecia.

Mister Billings se puso en camino inmediatamente, temiendo hubiera ocurrido alguna desgracia a su familia.

La pérdida que el rápido viaje representaba para su negocio,

pues había tenido que suspender ciertas gestiones relativas a importantes pedidos de sus *chiclets*, y los dolores que sentía en distintos puntos del cuerpo a consecuencia de las noches consecutivas que había pasado embotellado en literas de camarote y departamento de ferrocarril, le ponían en un estado de ánimo sumamente peligroso para el que se le acercara a pedirle una cerilla o para el que involuntariamente le diera un pisotón.

Además, entre las corrientes del canal de la Mancha y el viente-

llo que los expresos, con sus magníficas velocidades, absorbían por las ventanillas, había pescado un catarro nasal que le obligaba a atronar frecuentemente el espacio con sus estornudos.

Por si esto era poco, apenas puso los pies en la ciudad de los Dux, el olorcillo de los antiguos canales se le introdujo por las fosas nasales a pesar del constipado, de modo que continuamente se estaba tocando la nariz, unas veces para sonarse y otras para cerrar el paso a aquellas emanaciones que no oían a chipre precisamente.

Todo esto le había puesto de un humor de mil diablos que se dejó traslucir en sus llamadas a la puerta del palacio que habían alquilado para vivir durante su estancia en Europa.

La señora de Billings, que en aquel momento hablaba con Ronnie, el encargado de la fábrica de *chiclets*, se llevó un susto mayúsculo al oír la insistente y estruendosa llamada del timbre. Después resonaron en el vestibulo dos señores estornudos y finalmente apareció el señor Billings en el umbral.

—¡Oh, Henry! ¡Qué sorpresa!—exclamó la dama abrazando a su esposo.

—No lo esperábamos hasta la semana próxima—dijo Ronnie.

—¡Esto es colosal!—vociferó mister Billings—. ¿De modo que me pones un radiograma llamándome con urgencia y ahora dices que no me esperabas?

La señora de Billings se mostró muy asombrada.

—No sé a qué radiograma te refieres.

—¿Cómo que no sabes?

Se llevó la mano a la cartera y extrajo el despacho.

—Míralo. Lleva tu firma.

—Pues yo no lo he puesto.

Era lo único que le faltaba al señor Billings para perder los estribos.

—¿De modo que ahora resulta que se trata de una broma?

Se encaró con Ronnie, dirigiéndole una mirada terriblemente amenazadora.

—A todo esto no me ha explicado usted quién le ha dado permiso para venir a Europa dejando abandonada la fábrica.



—Perdóneme, señor Billings, pero comprenda que no podía estar tanto tiempo sin ver a Bárbara.

—¿No comprendo nada! Su proceder no tiene disculpa. ¿Quién es el dueño de la fábrica, usted o yo?

—Usted, señor Billings.

—Entonces ¿cómo se ha atrevido a salir de Ohio sin mi consentimiento?

—Lo he dejado todo bien arreglado para que, durante nuestra ausencia, la fábrica no cese de dar el máximo rendimiento... Por otra parte, señor Billings, confiaba en que usted comprendería mi deseo, mejor dicho, mi necesidad de ver a Bárbara. Ya sabe usted cuánto la amo.

—¡Basta, basta de cursilerías! Primero es la obligación que la devoción. Ya sé que quiere usted de veras a mi hija. Por eso no me opondré a que se case usted con ella si Bárbara está conforme. ¡Pero lo primero son los *chiclets*!

—¡Bueno, hombre, bueno!—exclamó la señora de Billings—. Ya sabemos que para ti en la vida no

hay más cosa importante que los *chiclets*. ¡Jesús, cómo has venido de Londres!

—Este maldito radiograma me ha hecho perder pedidos muy importantes. Estaba a punto de firmar contratos que habrían introducido mi goma de masticar en Inglaterra. ¿Crees que puedo estar de buen humor?

—¡Pero por Dios, Henry!—replicó la señora de Billings con un gesto de hastío—. Estoy ya hasta la coronilla de tu goma de masticar.

—¿Qué tienes que decir de la goma de masticar? Gracias a ella puedes viajar en *sleeping* y en primera de lujo.

—¿Qué ordinario eres, querido! Esas cosas no se dicen. Las personas distinguidas no dan importancia a viajar en *sleeping* porque están acostumbradas a ello y no le dan importancia.

—¡Pamplinas! Yo también estoy hasta la coronilla de tus pretensiones de gran duquesa desde que has venido a Europa. Si no hubiera dólares no podrías presumir de dama elegante y si no hu-

biere *chiclets* no habría dólares. Luego todo se debe a la goma de masticar.

—Me prometiste que este viaje sería exclusivamente de recreo y sólo te has preocupado de tus pegajosos *chiclets*.

—Te hice esa promesa porque nunca pude imaginar que el turismo fuera tan desagradable. ¡Tanto hablar de los canales de Venecia y resulta que son una especie de cloacas rodeadas de edificios mugrientos y con góndolas viejas y crujiendo!

—¿Qué sabes tú de eso! ¡Oh, el perfume legendario que emana de esos antiguos canales!

—No me hables del perfume de esos canales, porque lo tengo metido en el cerebro... Pero, a todo esto, ¿dónde está Bárbara?

—Está visitando la ciudad acompañada de nuestro guía.

—¿Sola?

—No va sola puesto que el guía la acompaña.

—Eso es peor aun. ¿A quién se le ocurre dejar a una muchacha joven y linda como nuestra Bárbara en manos de un aventurero?

—Eso mismo he dicho yo, mister Billings—intervino Ronnie.

—¿Pues ha hecho usted muy mal en decir nada, porque nadie le ha dado vela en este entierro!—replicó el fabricante, cada vez más irritado.

—¿Cuánta ceguera, Dios mío!—exclamó la señora de Billings—. ¡Llamar aventurero a monsieur Mirande, ese joven lleno de distinción, elegante, gentilísimo, de exquisitos modales!...

—¿Y sin un cuarto!

—¡Por Dios, Henry! ¿Qué importa eso? Tú, con todo el dinero del mundo, no lograrás nunca besar la mano a una dama con la delicadeza que él lo hace.

—Y él, con toda su delicadeza, no podrá nunca viajar en *sleeping*, comer langostinos ni comprar a su esposa, cuando la tenga, un par de zapatos decentes, todo lo cual puedo hacer yo, lo último para satisfacción tuya...

—Además, señor Billings—apuntó Ronnie—, creo que Bárbara está enamorada de Pierre Mirande. Sólo piensa en él. Siempre tiene su nombre en los labios. Se

estremece cuando cuenta cómo le habla y le canta durante sus paseos en góndola. Todo esto lo sé porque me lo ha contado su señora esposa.

—¡No puedo creerlo!—bramó el señor Billings, a pesar de que lo creía—. ¿Verdad que eso es absurdo?—añadió encarándose con su esposa—. ¿Verdad que mi hija no puede estar enamorada de un simple guía y que tú no podrías consentirlo?

—¡Bah! Se trata sin duda de una pasioncilla pasajera. ¡Es tan distinto ese joven a los que Bárbara ha conocido hasta ahora!

—¿Luego es verdad?—rugió mister Billings—. ¡Es lo único que me faltaba oír! ¡A quién se le diga que una madre mira con indiferencia y casi con satisfacción cómo su hija se enamora de un pobre diablo, sin fortuna y sin porvenir!

Un formidable estornudo le cortó la palabra.

Sacó mister Billings el pañuelo y se sonó estrepitosamente.

La señora de Billings se tapó los oídos.

—Llamas pobre diablo a Pierre Mirande y tienes mucho que aprender de él. ¡Si le vieras sonarse!... ¡Oh, la delicadeza inimitable con que se lleva el pañuelo a las narices!

—¡Esto es el colmo! ¿Acaso ese joven tiene un violín en las narices?... Bueno, bueno; está visto que he de cuidar yo de Bárbara ya que tú no lo sabes hacer... Deja que venga... Me va a oír...

—¡Cuidado, Henry! Temo que te pongas en ridículo.

—No puedo ponerme porque ya me habéis puesto vosotras... Deja, deja que regrese esa locuela.

Y comenzó a pasear por el salón. De vez en cuando, protestaba contra la pestilencia de los canales. Otras veces, atronaba el espacio con sus estrepitosos estornudos.



## II

Entretanto, una góndola paseaba por las aguas dormidas de los canales la juventud y el amor de Bárbara Billings y de Pierre Mirande.

Tenia razón el señor Billings al haber llamado linda a su hija. Bárbara era una deliciosa muñequita de ojos inmensos, profundos, apasionados... Su cuerpecillo, flexible y esbelto como el tallo de una flor, se hallaba en ese punto de delgadez que da gracia y ligereza a las formas sin perjudicar a la corrección y armonía de las curvas. Tenía veinte años. Acababa de despertar al bello misterio del amor y ello prestaba a su semblante un

algo que era como un sublime resplandor.

El, Pierre Mirande, era un joven elegante, simpático y de modales distinguidos, como había dicho la señora de Billings.

Pierre hablaba sin cesar y ella le escuchaba con embeleso.

Se había empeñado Bárbara en conocer su pasado, y, aunque él se mostraba reacio a hablar de su vida, consiguió que se lo contara todo. ¿Qué no conseguiría Bárbara de Pierre?

Era de muy buena familia. Sus antepasados fueron famosos paladines de Carlomagno y él había nacido en Francia, en un verdade-

ro palacio lleno de lujos y blasones.

—Poco a poco—siguió explicando Pierre—, la fortuna, que como todo lo material puede extinguirse, fué derrumbándose hasta crear en mi casa una situación difícil. La guerra europea acabó de arruinarme y entonces no quise permanecer en Francia, donde hubiera tenido que pasear mi ruina entre los que antes me habían visto brillar. Me vine aquí, donde nadie me conocía, y se me ocurrió la idea de ganarme la vida mostrando a los extranjeros los tesoros de las patrias de los césares. Conozco bien todo esto. ¡Había hecho tantos viajes de turismo en compañía de mi preceptor! Gracias a Dios, el trabajo no me ha faltado desde entonces y así puedo ir ganándome la vida decorosamente.

Otro que no fuera Pierre habría referido estas desventuras con amarga entonación, y acaso con lágrimas en los ojos, pero él hablaba con su buen humor habitual.

—¡Qué bella debió de ser su

vida en sus buenos tiempos!—dijo Bárbara soñadoramente.

—¡Y ahora también!... Es más—añadió mirando a Bárbara con ternura—, en este momento es más bella que entonces.

Ella se estremeció al sentirse envuelta en aquella mirada apasionada.

—¡Oh, Pierre! ¡Qué distinto es usted a mis amigos de Norteamérica!

El le cogió una mano y ella no opuso resistencia.

No tenía por qué ocultar aquello tan bello y tan puro que sentía.

Estuvieron un momento en silencio.

Fuera el golontero remaba pausadamente y un músico pulsaba las cuerdas de una mandolina.

El crepúsculo caía suavemente, con sus nieblas imprecisas, sobre los canales y sumía el interior de la góndola en una sombra de ensueño.

Pierre comenzó a cantar aquella canción que tanto gustaba a Bárbara:

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## NOUVEAU BONHEUR

## II

(You brought a new kind of love to me)

### I

Depuis le jour où mon destin  
M'a fait sans rencontrer sur mon chemin  
Le ciel et pour moi tout nouveau  
Les fleurs, les oiseaux, les reflets de l'eau  
Sont encore plus beaux.

### Refrain

Où, tout est pour moi plus enchanteur  
Depuis le jour où dans mon cœur  
Fus vainc ont fait naître un nouveau bonheur.

### II

J'éprouve goût de nous goût d'amour  
Pour rester maître de moi,  
Je sais, tout nous sépare et pourtant  
Je pense à vous tout le temps.

### Refrain

Où, tout est pour moi plus enchanteur  
Depuis le jour où dans mon cœur  
Fus vainc ont fait naître un nouveau bonheur.

(La traducción literal de esta canción es la siguiente)

## NUOVA FELICIDAD

Desde el día en que mi destino  
Más que lo hallara en mi camino,  
El cielo es muy distinto para mí.  
Las flores, los pájaros, del agua los reflejos  
Más bellas son aún.

### Refrain

Si, todo es para mí más encantador  
Desde el día en que mi corazón  
Fue vencido y nació una nueva felicidad.

Siento junto a ti mucha emoción  
para poder ser dueño de mí.  
Ya sé, todo nos separa, pero  
Yo siempre pienso en ti.

### Refrain

Si, todo es para mí más encantador  
Desde el día en que mi corazón  
Fue vencido y nació una nueva felicidad.

Al terminar la canción, Bárbara, sin saber cómo, se encontró entre los brazos de Pierre.

Un beso fue la declaración de amor de aquellos dos seres que ya estaban íntimamente unidos por lazos espirituales.

—¡Qué lástima, Pierre!—suspiró Bárbara—. Pronto tendremos que regresar a América.

Pierre, aun sin dejar de sonreír, se entristeció.

—¡Es doloroso, Bárbara! Todo pasará como un sueño.

—¿Me amas de verdad, Pierre?

—Es la primera vez que siento un amor verdadero. Pero es también la primera vez que siento un amor imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque hay algo que nos separa.



—Si tú me amas de veras, fervientemente, como yo a ti, dudo que haya nada que nos pueda separar.

—Sí, Bárbara. Nos separa mi pobreza. La hija de un millonario no puede casarse con un pobre guía.

—¿Por qué? Eso será aquí, en Europa. En América la hija de un millonario se casa con quien quiere. Sería la primera vez que mi padre me negara una cosa.

—Pero yo no puedo aceptar eso, Bárbara. Yo no me dejaría comprar como un capricho más de hija de millonario.

—¿Qué importa el dinero, Pierre, cuando se ama de veras?

—En esta vida todo gira alrededor del dinero y es inútil que pretendamos desligarnos del peso de este materialismo inicuo.

—Me rebelo contra eso, Pierre, y lucharé con todas mis fuerzas para que este sueño no pase.

Habían llegado frente a la ca-

sa, cuando ya la luna plateaba el agua de los canales, lo que ciertamente estaba haciendo muy poca gracia a mister Billings, porque ello quería decir que era de noche y que, a pesar de lo avanzado de la hora, su hija continuaba paseando a solas con un grotesco guía.

Esto de grotesco pertenecía a la fraseología de mister Billings, el cual no cesaba de consultar su reloj y de proferir calificativos desagradables contra los guías, contra los canales y contra Venecia.

Se había detenido la góndola ante la casa y Pierre tomó una mano de Bárbara y la besó con aquella delicadeza que tanto cautivaba a la señora de Billings.

Era un saludo de despedida, pero Bárbara no le dejó marchar, sino que tiró de su mano para que entrara con ella en la casa. A su madre le gustaría saludarle y charlar un rato con él.

## III

Cuando Bárbara abrió la puerta y vió que con su madre estaban el señor Billings y Ronnie, quedó muy sorprendida. No esperaba que su padre llegara tan pronto. En cuanto a Ronnie, no tenía la menor idea de que podía llegar.

Abrazó alegremente a mister Billings llamándole "papaíto" y otros diminutivos afectuosos y dirigió un indiferente saludo a Ronnie.

Pero los dos recién llegados le dirigieron una mirada que no presagiaba nada bueno. Para la de Ronnie tuvo un gesto despreciativo; en cuanto a la de su padre, no

le causó tampoco mucha inquietud.

Presentó a Pierre y ambos caballeros contestaron con la misma frialdad al cortés saludo del guía, el cual consideró que lo mejor que podía hacer era ausentarse inmediatamente.

Estrechó la mano de la señora Billings, se inclinó ante el papá de Bárbara y contestó con una alegre sonrisa a la ceñuda mirada que le dirigía Ronnie.

En cuanto a Bárbara, le acompañó hasta la puerta para decirle adiós a sus anchas.

\*\*\*

—Perfectamente, señorita—dijo el señor Billings cuando Bárbara volvió al salón alegremente—. Supongo que podremos hablar un momento.

Le mostró el radiograma.

—Te lo mandé yo, papaito.

—¿Por qué firmaste con el nombre de tu madre?

—Porque estaba segura de que, llamándote ella, vendrías en seguida.

—¡Oh! ¡Esto es intolerable!—exclamó el señor Billings.

Ronnie remachó el clavo:

—¡Has usurpado un nombre, Bárbara! ¡Y eso es muy grave! No toleraré esas bromas cuando sea tu marido.

—No lo serás nunca—repuso Bárbara despreciativamente.

—¡Bárbara!—vociferó el señor Billings en son de furioso reproche.

—¿Y para oír esto he cruzado

el Atlántico?—exclamó, desolado, Ronnie.

Bárbara se llevó las manos a las sienes con un gesto de fastidio.

—¡Me vais a volver loca con esos gritos! Si lo llego a saber me hubiera quedado en la góndola con Pierre.

Y se dirigió a la terraza que daba al canal.

El señor Billings temblaba de cólera, y su esposa tuvo que hacerle sentar en la *chaise-longue* para calmarle.

Ronnie siguió a Bárbara.

—No te comprendo, querida—le dijo sin usar ya el tono autoritario del futuro marido.

—Naturalmente que no me comprendes—repuso Bárbara con una sonrisa de conmiseración.

Y se asomó al barandal de piedra para ver a Pierre. Todas las noches permanecía un buen rato debajo de la terraza y entre los

dos se establecía un diálogo de miradas salpicado de algún ademán y de numerosas sonrisas.

No se preocupó de que Ronnie estaba con ella, y, como todas las noches, dirigió a Pierre un expresivo saludo con la mano.

Ronnie estaba cada vez más desolado.

—En América no te portabas así conmigo, Bárbara. Allí todas tus palabras eran para mí como promesas de felicidad.

—Han cambiado mucho las cosas, Ronnie.

—Estás enamorada de otro, Bárbara—dijo Ronnie acusadoramente.

Ella le dirigió una mirada compasiva.

—¿Qué sabes tú del amor! Tampoco yo lo sabía.

—Y ahora...

—Ahora sí que lo sé.

Y Bárbara volvió a asomarse al barandal de piedra para contemplar a Pierre.

Era una noche magnífica. Todo reposaba con una serenidad de éxtasis. La luna ponía encajes de plata sobre el agua dormida de los

canales. Cerca, un gondolero cantaba, acompañándose con su mandolina:

VENICE CHERIE

(Mia Cara)

(My Dear)

*Sous le soleil  
Venise a des yeux sans pareils  
Des yeux charmeurs  
Aux regards triomphants.  
Mais quand le soir  
Lui met son domino noir  
Ses yeux ont l'air  
Beaucoup plus pervers.*

Refrain

*Je rime à toi toujours  
Venise chérie  
Qui pimentes l'amour  
De mélancolie.  
La nuit me paraît une grande dame  
Qu'un bruit de rame  
Attire au bal en secret.  
Sous ton loup de velours  
Qu'argente la lune  
Jusqu'à l'heure où renaît le jour  
Tu te laisses glisser au fil des lagunes  
Ombre brune  
Qui cherche l'amour.*

II

*Tes pigeons blancs  
Ont toujours l'air en s'envolant  
De billets doux  
Fuyant les jaloux.  
Dans ton beau ciel  
D'un tendre bleu de pastel  
Leur bec rose  
A l'air d'un baiser.*



CAD- Refrain  
 GAN- *Je rêve à toi toujours  
 Venise chérie  
 Qui pimentes l'amour  
 De mélancolie.  
 La nuit me paraît une grande dame  
 Qu'un bruit de rames  
 Attire au bal en secret.  
 Sous ton loup de velours  
 Qu'argente la lune  
 Jusqu'à l'heure où renaît le jour  
 Tu te laisses glisser au fil des lagunes  
 Ombre brune  
 Qui cherche l'amour.*

(La traducción literal de esta canción es la siguiente)

VENECIA AMADA

I

*Baja el sol  
 Venecia tiene unos ojos sin igual  
 Ojos encantadores  
 De mirar engañador.  
 Pero cuando la noche  
 La cubre con su dominio negro  
 Sus ojos parecen  
 Mucha más poderosos.*

Refrán

*Sueño siempre en ti  
 Venecia amada  
 Que salpica el amor  
 De melancolía.  
 La noche me parece una gran dama  
 Que un rumor de remos  
 Atrae al baile en secreto.  
 Bajo tu antifaz de terciopelo*

*Que platea la luna  
 Hasta la hora en que renace el día  
 Te dejas deslizar sobre las lagos  
 Sombra morena  
 Que busca el amor.*

II

*Tus palomas blancas  
 Partecen siempre, al emprender el vuelo,  
 Cartas de amor  
 Huyendo de los celosos.  
 En tu bella cielo  
 De un suave azul de pastel  
 Su fino rosa  
 Parece un beso.*

Refrán

*Sueño siempre en ti  
 Venecia amada  
 Que salpica el amor  
 De melancolía.  
 La noche me parece una gran dama  
 Que un rumor de remos  
 Atrae al baile en secreto.  
 Bajo tu antifaz de terciopelo  
 Que platea la luna  
 Hasta la hora en que renace el día  
 Te dejas deslizar sobre las lagos  
 Sombra morena  
 Que busca el amor.*

Bárbara escuchaba embelesada,  
 participando del éxtasis que todo  
 lo envolvía en aquellos momentos.

Desde abajo, Pierre escuchaba  
 también la canción del gondolero  
 y contemplaba a Bárbara.

Y aquella música cadenciosa y dulce ponía un lazo a sus corazones.

No faltaba la nota cómica en el delicioso poema. Allí estaba Ronnie, mordiéndose los labios.

\* \* \*

Cuando logró tranquilizarse, mister Billings se asomó a la puerta de la terraza.

—¿Qué? ¿Habéis terminado ya de hablar?

—Desde antes de empezar habíamos terminado—respondió Bárbara alegremente.

—Entonces ¿puedes escucharme un momento?

—¿Cómo no, papaito?

Entró y le hizo algunos mimos que estuvieron a punto de vencer la contenida indignación de mister Billings, pero éste reaccionó a tiempo.

—Tenemos que hablar seriamente, Bárbara. Tu actitud es muy grave. Siéntate y escucha.

Obedeció Bárbara.

El señor Billings, para ponerse

en situación, introdujo las manos en los bolsillos.

—¡Vamos a ver! ¡Hablemos claro! ¿Con qué fin me has hecho venir de Londres?

—Quería que conocieras a mi prometido—repuso Bárbara con naturalidad.

—¿Tu prometido?—exclamó el señor Billings dando un salto—¿Y quién es tu prometido?

—¿Quién ha de ser? Pierre Mirande.

—¡Oh!

Adoptó el señor Billings una actitud trágica, pero un estornudo la convirtió de pronto en grotesca.

—¡Estás muy conatipado, papá! Debes acostarte.

—¡Silencio! ¡No creas que esta vez vas a salirte con la tuya! ¡Se



en el acabaron las debilidades! ¡Basta  
Ron- ya de locuras!

La señora de Billings, al oír los  
gritos de su esposo, acudió presin-  
tiendo que su intervención iba a  
ser necesaria.

—No te excites, Henry.

—¡Déjame en paz!

Y añadió dirigiéndose a su hija:

—¡No te casarás con ese bota-  
rate!

Bárbara se puso en pie y dirigió  
a su padre una mirada retadora.

—¡No puedo consentir que se  
hable de Pierre de ese modo!

—¡Tu obligación es obedecer y  
nada más!

—¡Me rebelo! En mi corazón  
nadie manda. ¡Me casaré con  
quien quiera!

—Por Dios, hija mía—intervi-  
no la señora de Billings—. Ten  
prudencia...

—¡Prudencia, prudencia!... Si  
la hubieras tenido tú no te habrías

casado con este hombre tiránico e  
intransigente.

El señor Billings se estremeció,  
la señora de Billings se echó a tem-  
blar. Y Bárbara se mostraba cada  
vez más enérgica y arrolladora en  
su rebeldía.

—He dicho que me casaré con  
quien quiera. Ahora digo más. No  
permaneceré una hora más en esta  
casa aunque tenga que casarme con  
un turco.

Y echó a correr, camino de su  
habitación.

El señor Billings se quedó petri-  
ficado ante el inesperado desenlace  
que el problema había tenido.

Su esposa se acercó a él. Le mi-  
ró un momento. El lanzó un suspi-  
ro en espera de unas palabras con-  
soladoras, que bien necesitaba.

Y las palabras consoladoras fue-  
ron estas:

—¡Henry, eres un monstruo!

## IV

En tanto la esposa se alejaba llorando hacia el cuarto de su *maltratada* hija, el marido se preguntaba con horror si realmente sería un monstruo.

Esta actitud duró hasta que las facciones de mister Billings se fueron transfigurando.

Había tenido una idea genial.

Comprendía que nada, ni su autoridad de padre—que por cierto era muy relativa—, haría desistir a Bárbara de su propósito de casarse con Pierre Mirande.

Sólo cabía la solución de que Pierre renunciara a casarse con ella y eso es lo que estaba seguro de conseguir mediante el diabólico plan que había concebido.

—¡Ronnie!

Este, que permanecía en la terraza, desde donde había sido *mu-*  
do testigo de la escena, acudió a la llamada prestamente.

—¡Tengo una gran idea, Ronnie! ¡Bárbara no se casará con el francés!

Y expuso detalladamente su plan al asombrado y entusiasmado Ronnie.

Entretanto, la señora de Billings era desolado testigo de las importantes operaciones que en aquel momento estaba Bárbara realizando.

Consistían estas operaciones en sacar la ropa de sus baúles para colocar después las prendas más

precisas en las maletas que habían de constituir su equipaje en el viaje que iba a realizar.

¿Adónde iría? Lo ignoraba y no le importaba gran cosa saberlo. El caso era separarse de aquel padre tiránico que se permitía trazar el camino de su corazón.

La atribulada madre no cesaba de llorar.

—Pero ¿adónde vas, querida mía, hijita de mi alma, mi tesoro?

—No sé—repuso Bárbara heroicamente—. Ancho es el mundo.

—¡Oh! La vida está llena de peligros, corazón. Una niña no puede ir sola a ninguna parte.

En este momento se abrió la puerta y apareció el señor Billings muy sonriente.

Ordenó a su mujer con un movimiento de cabeza que se retirase y ésta obedeció inmediatamente, pues la actitud de su marido le demostraba bien a las claras que iba a poner remedio a la difícil situación, mostrándose condescendiente con Bárbara.

—Ven aquí, hija mía—dijo dulcemente el señor Billings sentán-

dose e invitando a Bárbara a que se sentara a su lado.

Ella obedeció. El tono en que su padre le hablaba le inspiraba confianza y le hacía presagiar algo bueno.

—Comprende, hijita, que lo único que yo deseo es tu bien. Vamos a ver, hablemos sin disgustarnos, que yo estoy dispuesto a que quedés contenta. ¿Por qué te empeñas en casarte con Pierre Mirande?

—¿Por qué ha de ser, papá? Porque le amo y él me ama a mí. ¡Es tan distinto a todos los demás! ¡Es exquisito, sentimental, romántico! Los jóvenes de allá sólo piensan en el dinero y sólo hablan de negocios. El, en cambio, prefiere gozar de las bellezas de la vida. ¡Si vieras qué apasionadamente me ama, si oyeras el calor, el entusiasmo respetuoso con que me dirige las palabras más dulces!... Todos los días me regala flores...

—Con mi dinero las compras—comentó el señor Billings sin poder contenerse.

Pero en seguida rectificó:

—Perdone, hija mía, no he que-



rído ofenderlo... Bueno, demos por hecho que él te ama a ti y que tú le amas a él. Seréis muy felices si os casáis. Pero ¿participaremos nosotros de esa felicidad? No, Bárbara. Nosotros estaremos muy tristes de ver que nuestra hija se queda en Europa, tan lejos de nuestra casa...

—¿Por qué he de quedarme en Europa?

—Porque estando aquí tu marido habrías de vivir a su lado.

—Es que él vendría a América muy gustoso.

—¿De veras, Bárbara? ¡Oh, entonces está todo arreglado! Yo sólo me oponía porque me horrorizaba la separación. Pero siendo así... ¿Acaso habéis hablado ya de eso Pierre y tú?

—No, papá, pero estoy segura de que él vendría a ojos cerrados ante la posibilidad de casarse conmigo.

—¿Y tú crees que le amarías en América lo mismo que en Europa?

—¡Oh! Más aun.

—¡Bravo! Pero, dime, Bárba-

ra, ¿te has comprometido ya a casarte con él?

—¡Oh, no! Eso ha de pedirlo él, y él es tan caballero que no se ha atrevido. Tardará mucho en decidirse. Sólo nos hemos dicho que nos amábamos, pero no nos hemos hecho ninguna promesa comprometedora.

—¡Magnífico! Entonces, oye bien lo que te voy a decir. Si tú me prometes no comprometerte a nada hasta que Pierre se haya labrado un porvenir, le ofreceremos que venga a América con nosotros y le emplearé en la fábrica.

Bárbara lanzó un grito de alegría.

—¿De veras harás eso, papá?

—¡Qué no haré yo por ti, hija mía!—exclamó el señor Billings con ternura.

Bárbara le echó los brazos al cuello, le besó, le acarició, le dirigió una serie de mimosos diminutivos y al fin manifestó:

—Voy a dar a Pierre la gran noticia.

Y como Pierre estaba todavía debajo de la terraza, tardó muy poco en referirle la nueva feliz.

V

Apenas salió de la habitación, la señora de Billings le echó los brazos al cuello.

—¡Oh, Henry! ¿Es verdad lo que Bárbara me ha dicho? ¿Es cierto que vas a ofrecer a Pierre venga a América con nosotros?

Pero mister Billings se deshizo sin ningún miramiento del conyugal abrazo y fué al encuentro de Ronnie para decirle:

—Todo va bien. A los dos días de trabajar en la fábrica ese aventurero haragán se vendrá a Europa huyendo.

—Haré todo lo posible para que así sea, mister Billings.

Entró Bárbara, seguida de Pierre.

—No quiere venir a América, papá—exclamó la joven con fingida desolación, pues estaba segura de que al fin le haría decidirse.

—¿Y eso?—inquirió mister Billings extrañado.

—Agradezco a usted de veras, mister Billings—dijo Pierre con sinceridad—, la atención que para mí representa ese ofrecimiento, pero... la verdad, yo siempre he viajado como turista y ahora me produciría muy mal efecto viajar al servicio de otras personas.

—Usted ignora el cargo que yo

voy a ofrecerle, monsieur Mirande. ¿Usted conoce los *chiclets*?

—¡Oh, sí!—repuso Pierre con un gesto de asco—. Son abominables.

Mister Billings le dirigió una mirada furibunda, pero Bárbara intervino:

—Papá quiere emplearte en su fábrica de *chiclets*.

Pierre tragó saliva. En su vida se había tirado un planchazo semejante. Sonrió turbadamente:

—Eso no importa para que haya millones de personas a quienes les gusta la goma de masticar y supongo que la suya será una de las mejores del mundo.

—Sin duda. Es una fábrica muy importante. En ella se puede un hombre labrar su porvenir.

—¡Oh! Eso del porvenir me interesa mucho, mister Billings. ¿En qué condiciones iría a su fábrica? Comprenda que no tengo más remedio que hacerle esta pregunta. Aquí gano lo suficiente para vivir, bien es verdad que modestamente, y sería una locura dejar esto por otra cosa peor.

—¡Claro que lo comprendo! En

América es de lo primero que hablamos al hacer una proposición de esta clase... Vamos a ver... Le daré a usted... Treinta y cinco dólares semanales...

—¡Oh, no!—rechazó Pierre—. Aquí gano bastante más.

—¡Pero, papá!—protestó Bárbara—. ¿Cómo quieres que un hombre pueda vivir en América con cinco dólares diarios? ¡Si no hay ni siquiera para limpiarse las botas!

—Bueno, le daré cuarenta...

—¡Por Dios, papá! Vergüenza me daría a mí hacer esas mezquinas ofertas. Seseenta o setenta dólares es lo menos que Pierre puede aceptar. Ten en cuenta la crisis que atraviesa en estos momentos todo el mundo.

—¿Setenta dólares? ¡De ningún modo! Lo más que puedo darle son cincuenta. ¿Oye usted? Cincuenta. Ni un céntimo más.

—Acepto.

—Creo que te has precipitado, Pierre.

—¡Silencio, niña!—le reprendió el padre—. Tú no entiendes de negocios.



—No me he precipitado, Bárbara—explicó Pierre—. Con cincuenta dólares tengo bastante para vivir. Es todo lo que por ahora necesito para formar sin precipitación el plan de ataque que ha de llevarme a la conquista de América. Y entonces...

Bárbara le tiró de la americana. Hay ciertas cosas que no se pue-

den decir delante de la familia.

—¡Bravo!—exclamó míster Billings—. Ronnie, vaya en seguida a adquirir los billetes. Mañana mismo partiremos.

Y Pierre terminó su frase en voz baja, de modo que sólo Bárbara le oyera:

—Y entonces... te diré una cosa muy importante, querida,

\* \* \*

Fué un viaje delicioso.

Pierre y Bárbara no se separaban un momento.

Se les veía juntos en el salón de música, en la biblioteca, en el restaurante, en la cubierta.

Por la noche, preferían contemplar el mar y el cielo desde la borda y entonces hablaban muy poco. Se limitaban a mirarse con éxtasis como en aquellas apacibles noches de Venecia cuando la luna ponía móviles encajes de plata sobre el agua dormida de los canales y él

permanecía horas enteras debajo de la terraza.

Muchas veces ella le pedía que cantase "Nueva felicidad", aquella canción con que amenizaban sus paseos en góndola.

Tan bien la sabía ya Bárbara, que hacía el contracanto y entonces la canción resultaba para ellos doblemente bella porque se sentían unidos en aquella deliciosa melodía.

Ronnie pasaba muy malos ratos.

Una vez le preguntó mister Billings:

—Pero ¿qué te sucede, hombre, que estás tan malhumorado?

—Parece muy contento. Siem-

pre está cantando.

Y mister Billings repuso sentenciosamente:

—Ya dejaré de cantar cuando lleguemos a América.

\*\*\*

Desde el puerto se dirigieron a la estación y continuaron en ferrocarril el viaje hasta Ohio.

Dos automóviles esperaban: uno para la familia Billings y otro para Ronnie y Pierre.

Estos debían dirigirse inmediatamente en busca de alojamiento para el nuevo empleado de la fábrica. El otro automóvil se fué directamente a la regia mansión de los Billings.

Ronnie iba señalando a Pierre algunos edificios, a través de la ventanilla del auto.

—Mire usted. La Banca Billings.

Y en seguida:

—El Banco Hipotecario Billings.

Y poco después:

—La biblioteca Billings.

Pierre asomaba la cabeza por la ventanilla cada vez que Ronnie le mostraba una de las propiedades de Billings.

Estaba asombrado de la difusión e importancia que tenía en la ciudad el apellido de su amada.

—¿Hay algo en esta ciudad que no sea de Billings?

Fueron un momento en silencio.

—¿Está muy lejos el hotel donde piensa usted llevarme?—preguntó Pierre.

—¡Oh, no es un hotel!—exclamó Ronnie riendo la ingenuidad del extranjero—. Bien se ve que no conoce usted América. Aquí un

hotel lo menos que cuesta son diez dólares diarios.

—Entonces ¿dónde tendré que vivir?

—En casa de Tony.

—¿Algún clown?

—Una casa de huéspedes donde tengo algunas amistades. Para el precio es lo mejor que se puede encontrar aquí.

Volvieron a callar en tanto el automóvil seguía atravesando calles y plazas a tanta velocidad como le permitían los otros vehículos que llenaban la ciudad, atropinando el espacio con sus bocinas.

—Digame, monsieur Mirande—preguntó Ronnie de pronto—,

¿Cómo se las arregla usted para hacer el amor y tener éxito?

Pierre le miró con extrañeza.

—¿Cómo se le ha ocurrido hacerme esa pregunta?

—Le diré, monsieur Mirande.

Como usted es francés y los franceses suelen saber mucho de estas cosas... Y como yo soy tan desgraciado para eso...

—¿No es usted afortunado en los amores?

—¡Oh, no!—exclamó Ronnie

tristemente—. No creo que haya en todo el mundo dos hombres tan desgraciados como yo.

—¡Pobre amigo mío!

—¿Por qué será eso, monsieur Mirande?

Pierre le miró con perplejidad. Eso sólo podían saberlo las mujeres.

—La verdad, amigo Ronnie, no entiendo de bellezas masculinas y no puedo decirle si será su rostro o su figura los causantes de eso. ¡Son tan caprichosas las mujeres!... Pero; vamos a ver, ¿qué hace usted cuando quiere conquistar a una dama?

—Pues lo que es natural en esos momentos. Le digo: "Dame un beso, vida mía", y como ella no quiere dármelo—pues siempre pasa así—se lo tengo que dar yo.

—Y ella, entonces...

—Me da una bofetada.

Pierre le miró un instante en silencio. Ronnie estaba pensativo, como si quisiera descifrar el misterio de la conducta que observaban con él las muchachas americanas.



—¿Qué le parece a usted?—  
preguntó tristemente.

—Que es muy extraño.

—¿Verdad?

—Ya lo creo. Lo natural sería  
que en vez de una bofetada le pe-  
garan un tiro.

Ronnie se estremeció.

—¡Caramba! ¿Por qué?

—Pero, hombre de Dios, ¿a  
quién se le ocurre coger a una mu-  
chacha y darle un beso de buenas  
a primeras? ¡Pobrecitas america-  
nas si todos fueran como usted!...

—Un beso es una demostración  
de amor.

—Y una bofetada es una de-  
mostración de decencia. Por eso  
las americanitas, entre las que  
abundan las decentes como en to-  
das las partes del mundo, le apli-  
can con tanta frecuencia la mano  
en la faz.

—Entonces... ¿no hay que dar  
besos?

—Antes de eso hay que hacer  
otras muchas cosas.

—¿Qué es lo que hay que ha-  
cer?—demandó vivamente intere-  
sado.

—Pues hay que demostrarles

respeto. Después se dirigen algo y si-  
nas frases galantes relativas a su mano-  
ojos, a sus cabellos, a sus mejillas. Pó-

—Comprendido. A cualquier su pa-  
parte del cuerpo.

—¡No! Hay partes que no se eucha-  
deben nombrar. Lo mejor es que —  
no pase usted de las mejillas. Asama,  
se evitará muchos disgustos. cio d

—Perfectamente. Y después, vez j

—Después es cosa de buscar la justu-  
ocasión. Supóngase que la encuen como  
tra en un jardín durante la noche mori-  
De la casa llegan los suspiros de un p-  
los violines y rumores de risas y ella l

de charlas. Ella lleva un precioso  
vestido de *soirée*. Le conviene co-  
menzar por alabar su vestido. Eso  
la halagará mucho y siquiera por  
gratitud se dejará acompañar ba-  
jo las frondas que mueve la blan-  
da brisa. Usted la invita a sentar-  
se en un banco que hay bajo el  
follaje, por el cual se filtra la luna  
poniendo manchas de esmalte so-  
bre el camino del jardín. "¡Qué  
bella noche!", exclama usted. Y  
se acerca un poco más y comienza  
a murmurar a su oído frases ga-  
lantes. Compara sus ojos con las  
estrellas, sus manos con las flores

—y si ella calla, usted le coje una mano.

Pierre se había posesionado de su papel de tal modo que cogió una mano a Ronnie, el cual le escuchaba embobado.

—Entonces le dice usted que la ama, que la viene amando en silencio desde que la vió por primera vez junto al lago, magnífica y majestuosa como una estatua y bella como una Venua. Le dice que se morirá si ella no se deja querer un poco y que se volverá loco si ella le niega una mirada. Ella le

mirará entonces y usted calla y la mira también. Sobran ya las palabras. Sus labios están pidiendo el beso. A lo sumo dirá usted: "¡Amor mío!"

Al oír esta exclamación el chofer se volvió y se quedó como el que ve visiones. Si sus ojos no le engañaban el extranjero tenía una mano cogida a Ronnie y le miraba apasionadamente.

No quiso ver más y volvió a mirar adelante mientras se decía:

—¡Vaya una gentecita que nos llega de Europa!

## VI

La casa de huéspedes tenía un aspecto bastante humilde por lo que se refería a su exterior, e interiormente tenía cierta semejanza con los muscos de antigüedades.

Salió a abrirles una mujer entrada en años y bastante pobremente vestida que saludó a Ronnie.

Y enterada por éste de que su amigo deseaba ingresar en su casa en calidad de huésped, les condujo escaleras arriba.

Cuando ellos subían, Pierre vió que bajaba una figurilla con faldas que no mediría mucho más de un metro veinte de estatura. No se le podía ver la cara porque lle-

vaba en brazos un cesto de ropa que, aunque no era muy grande, la cubría desde la cintura a los cabellos.

Pero conforme él fué subiendo y ella bajando, Pierre vió asomando poco a poco por encima del montón de ropa, unos cabellos rubios, unos ojos azules y llenos de encantadora ingenuidad, una carita pálida y unos hombros frágiles y finos.

Se detuvo Pierre a contemplar a la. Era una niña a pesar de que las remendadas faldas le llegaban bastante más abajo de las rodillas. Había una angelical simpatía en aquel rostro infantil que le cautivó.



vó desde el primer momento. En cuanto a ella, se sintió contagiada de la sonrisa de Pierre y le correspondió con una larga mirada llena de ese afecto momentáneo que tan propensos son los niños a sentir.

Entró, siguiendo a Ronnie y a la patrona, en una habitación donde no había más muebles que una cama de hierro, una butaca y un lavabo cuyas patas luchaban heroicamente por soportar el resto del mueble.

—Siete dólares a la semana—  
—dijo la patrona—. Pago adelantado. ¿Le conviene?

—Trato hecho—dijo Pierre depositando la maleta en el suelo y disponiéndose a pagarle.

—¿Cómo se llama usted?

—Pierre Mirande.

—¡Pierre!—exclamó la patrona.—Entonces ¿usted es francés?

—De nacimiento.

—¡Oh, monsieur! Yo también soy francesa. Me llamo Antoinette, para servirle.

—Lo celebro, ¡Vive la France!—  
—Y al mismo tiempo le ofreció los siete dólares.

—De ningún modo—protestó

Antoinette—. Un caballero como usted no necesita pagar nada por adelantado... Prepárese para la cena.

Y se fué tan orgullosa como si acabara de entrar en su casa el presidente de la República Francesa.

Pierre se echó a reír muy satisfecho.

—¿Usted ve, amigo Ronnie? ¡Palmito que tiene uno!

—Bueno. Le dejo a usted. Mañana, a las ocho, en la iglesia.

—¿Cómo en la iglesia? ¿Qué vamos a hacer allí?

Ronnie explicó:

—La iglesia es la fábrica. Todos los que trabajamos en ella la llamamos así.

—¡Ah!

Y ya estaba Ronnie en la puerta cuando Pierre le detuvo.

—Un momento, amigo Ronnie. Antes de marcharse quiero hacerle una pregunta.

—Usted dirá.

—¿Cuánto necesita un hombre en América para casarse?

Ronnie quedó un momento pensativo.

—Pues... Veinte mil dólares anuales.

Y añadió para sus adentros:

"Chúpate esa".

—¡Veinte mil dólares al año!— exclamó Pierre sintiendo que las piernas le flojaban.

—Sí. Es lo menos que aquí acostumbra ofrecer un hombre a una muchacha de buena familia.

Y se fué después de dirigirle unas palabras de despedida que Pierre no pudo oír.

Estaba tan atontado como si, de pronto, hubieran dejado caer los veinte mil dólares anuales en plata sobre su cabeza.

—Veinte mil dólares anuales...

Y repitiendo una y otra vez estas palabras entre dientes se acercó a la cama y allí se dejó caer sentado.

—Veinte mil dólares anuales...

Unos golpecitos dados suavemente en la puerta del cuarto le sacaron de su abstracción.

—¡Adelante!

Era la niñita rubia que había visto antes en la escalera.

Su mal humor desapareció instantáneamente. Era imposible no

experimentar una sensación de agrado contemplando aquella carita angelical.

La niña dijo:

—Me ha mandado Tony para que le traiga esto.

Y colgó en el lavabo una toalla.

Una sonrisa transfiguró el rostro de Pierre.

—¿Quién es Tony?

—Antoinette. Aquí la llamamos todas así.

—¡Ah, vamos! ¿Es tu mamá la que te envía?

—No, señor. Antoinette no es mi mamá. Mi mamá no está aquí.

—¿No? ¿Dónde está entonces?

—En el cielo.

Pierre la miró sinceramente emocionado. Pero volvió a sonreír para alejar de su cabecita los tristes pensamientos.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Soy la sirvienta de la casa, señor.

—¡Bravo! Tú sin duda has aprendido bien aquello de...

"Quien de joven no trabaja, de viejo duerme en la paja"... Pero todavía no me has dicho cómo te llamas.



—una góndola pasaba por las aguas dormidas de los canales la juventud y el amor de  
Barbara Dillinger y Pierre Mirandé.



—y ella le escuchaba con embeleso...



...pero él bebía con su buen humor habitual.



... Bárbara, sin saber cómo se encontró entre los brazos de Pierre





... después se besó con aquella delicadeza...



— ¡Qué sabes tú del amor...



Pierrito y Bárbara no se separaban un momento.



— „ Y en tu caso, a mi patrona, no hay en el mundo dos iguales.



— Me parece que va a tomar un edlo a muerte a la goma de masicar.



Se sentó en la cama para descansar unas minutos.



— ¡Ah, pillado!



— Aquí, aquí dentro han caído en un instante una porción de millones.





Un empleado trató de detenerla.



— ¡Eso es el día más feliz de mi vida!



— Porque eres ya como todos.



Se acercó cautelosamente.

—Jenny, señor.

—Bonito nombre.

—El suyo es también muy bonito.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Tony.

Y añadió con cierto énfasis:

—Monsieur Pierre de Mirande.

—Ya me ha colgado un "de".  
Antoinette es muy amable.

Por su gusto, Pierre habría prolongado hasta lo infinito aquella conversación, pero Jenny se opuso.

—Baje usted en seguida. Ya va a servirse la cena.

Y se marchó, dejando solo a monsieur Pierre de Mirande.

## VII

Acababa de arreglarse, cuando Antoinette fué a anunciarle que la mesa estaba servida.

Pierre quedó un poco sorprendido al verla. Se había echado encima todo lo mejor que tenía en el baúl y estaba, no precisamente elegante, pero sí pintoresca.

Una blusa a flores, una peineta bastante alta y profusión de bisutería en brazos y garganta.

Si fueran buenas todas las joyas que llevaba, Antoinette habría valido aquella noche la fortuna de Rockefeller.

—Monsieur de Mirande—dijo con tono altisonante—, la mesa está servida.

Pierre correspondió con una reverencia y se dejó conducir al comedor. También él se había puesto su mejor traje y se había lavado y peinado.

Antoinette se detuvo ante una mesa alrededor de la cual había una veintena de individuos que le miraron estupefactos. Eran hombres rudos y algunos de ellos poseían tal cantidad de rudeza que daba miedo mirarlos.

Allí no se veían más que cabellos despeinados y corbatas torcidas. Algunos no la llevaban ni torcida ni sin torcer.

Por eso miraron con estupor a aquel joven de cabello planchado



y brillante y de corbata flamante y bien ajustada.

Tony le presentó:

—Monsieur Pierre de Mirande.

Y añadió:

—No todas las casas tienen el honor de contar entre sus huéspedes caballeros de esta clase.

Pierre se inclinó sonriente y cortés mirando al lado derecho de la mesa. Después hizo lo mismo mirando al lado izquierdo. En seguida se fué tras la patrona que apartó de la mesa la silla para que se sentara.

Nuevas inclinaciones de cabeza, nuevas sonrisas.

Los huéspedes se miraban no ya con asombro sino con ganas de volver la carcajada.

Uno de ellos, el más fornido de todos, manifestó:

—Yo me llamo Pat, musitó Mirande. Y ya que nos conocemos, dígame: ¿cual es su profesión?

—Hasta ahora he sido guía. Me dedicaba a mostrar a los extranjeros las bellezas de Venecia.

—Pues desde ahora tendrá usted otra cosa que mostrar: las chinches de su habitación.

Estalló una carcajada unánime, pero entre el coro sobresalió la de uno de los comensales.

Era una carcajada que comenzaba en un tono grave y terminaba tan aguda como grito de ratón.

—¡Ja, jo, jiii!

Pierre le miró sorprendido. No podía creer que aquel hombre hubiera hecho aquello con la garganta.

Comprendió que hubiera hecho el ridículo enfadándose y se echó a reír como si la broma de Pat le hubiera hecho mucha gracia.

—¿Me hace usted el favor del pan?—suplicó a su vecino de mesa, pues estaba al lado de éste el cesto que contenía las rebanadas.

—Mire, joven. Le voy a dar un consejo. Si no quiere quedarse sin comer no se ande usted con finuras. No pida usted las cosas: tómelas.

Mientras Pierre recibía estos consejos desaparecieron del cesto todas las rebanadas menos una, por lo que comprendió que su vecino de mesa tenía razón y ya iba a cojer aquella rebanada, cuando

un tenedor la pinchó rápidamente dejando a Pierre burlado.

Del otro extremo de la mesa salió la diabólica carcajada:

—¡Ja, jo, jiii!

Y Pierre volvió a quedarse mirando a aquel hombre. Le dieron tentaciones de decirle que si se exhibía en un circo ganaría mucho dinero, pero prefirió volver a tomar la cosa a broma. Después de todo, él era partidario del bullicio y de la camaradería.

Se presentó Antoinette con un plato en el que podían verse dos magníficos trozos de pollo, cosa que los huéspedes no habían visto nunca en aquella casa más que en un cuadro que adornaba el comedor.

Ya se disponía Pierre a hiacar en el pollo el cuchillo para comérselo aunque fuera sin pan, cuando el comensal que estaba a su derecha, le dijo:

—¿Ve usted aquel que tiene la cara llena de pecas?

Pierre miró hacia donde señalaba su vecino y vió en efecto a un comensal con la cara llena de pecas.

—Pues bien, no juegue usted nunca con él al billar. Es un trampa de siete suelas.

Y mientras hacía estas recomendaciones hizo que un trozo de pollo pasara del plato de Pierre al suyo.

Antes de que pudiera darse cuenta de la sustracción, el que estaba a la izquierda de Pierre le dijo:

—¿Y ve usted aquel que tiene la dentadura bastante sucia?

En efecto, Pierre vió a un comensal que tenía los dientes de un color de chocolate cargadito.

—Pues cuando le invite a jugar al tute dígame usted que naranja de la China. Juegos malabares hacen con las cartas.

Y, mientras, le quitó del plato el otro trozo de pollo.

Cuando Pierre, muy satisfecho de haber recibido de sus compañeros de pensión aquellas muestras de confianza, volvió a coger el tenedor y el cuchillo y vió que le habían vaciado el plato, dirigió una mirada hacia la izquierda, otra a la derecha y consideró que había

llegado el momento de tomar la contraofensiva.

Con mucha calma dejó la servilleta sobre la mesa, cogió el vaso del agua y dijo alegremente:

—Puesto que nadie la quiere, me la beberé yo, señores. A la salud de ustedes.

Se bebió casi toda el agua.

—¡Está exquisita!—exclamó.

Y, dejando el vaso sobre la mesa, imitó aquella carcajada diabólica.

—¡Ja, jo, jiii!

Los huéspedes rieron de buena gana. Pero las risas ya no iban contra él sino con él. El burlado era ahora aquel hombre cuyas carcajadas se parecían mucho a los cantos de los gallos.

Pierre se levantó.

—Es imposible digerir sentado todo lo que he echado al estóma-

go. Tendré que irme a dar un paseo. ¡Señores, qué modo de cenar!

Un huésped le ofreció un mondadientes:

—Tenga. Bien lo necesita.

—Muchas gracias—dijo Pierre tendiendo la mano.

Otra mano que estaba preparada avanzó rápidamente hacia el palillo, para burlar a Pierre una vez más, pero él fue más rápido y logró apoderarse del mondadientes.

Y Pierre volvió a reír:

—¡Ja, jo, jiii!

Y, desde la puerta, dijo adiós con la mano a sus nuevos y graciosos amigos.

Uno de los huéspedes dijo en voz baja:

—Este tío es más fresco que todos nosotros juntos.



\* \* \*

Al pasar por el vestíbulo para dirigirse a su habitación, oyó Pierre pronunciar su nombre.

—Sí, señorita—decía Jenny en el teléfono—. Hay aquí un nuevo huésped que se llama monsieur Pierre de Mirande.

Pierre se acercó a Jenny y le quitó el auricular.

—¿Quién es? ¡Oh, Bárbara! ¡Cuánto tiempo sin verte! Me parece que hace un siglo que nos hemos separado.

—Sólo quería recordarte, Pierre, que mañana debes acudir a la fiesta que doy en mi casa para celebrar mi regreso. Quiero que te conozcan mis amigas.

—No necesitabas recordarme eso, Bárbara. Estoy deseando que llegue mañana para verte de cerca.

—Pascaremos junto a los lagos

del jardín y nos haremos la ilusión de que estamos en Venecia.

—¡Oh, Bárbara! ¿Me has reservado algún baile?

—Todos, Pierre.

En este momento entró la patrona con una bandeja llena de abundantes y exquisitos manjares que depositó en una mesita que había al lado del teléfono.

Sin duda se había enterado de que su cena había consistido en un vaso de agua y en un mondador.

Pierre pagó la atención con una sonrisa a la que Antoinette correspondió con una reverencia estilo Luis XVI.

—¿Te gusta el alojamiento que te ha buscado Ronnie?

—Me encanta, Bárbara. Es una habitación en la que se respira el arte clásico. Todo un museo ar-



queológico por siete dólares a la semana.

Y viendo que Antoinette permanecía a su lado, encantada de oír aquellas alabanzas, añadió:

—Y en cuanto a mi patrona, no hay en el mundo dos iguales. ¡Qué distinción! ¡Qué amabilidad! ¡Qué cortesía! ¡Qué elegancia!

Se volvió. Antoinette, trémula de orgullo, creyó por unos momentos que era aquella otra Antoinette—Marie Antoinette—que tan

importante papel ocupaba en la historia de Francia, y tuvo una genuflexión versallesca.

Pierre correspondió de igual modo y se despidió de Bárbara.

La nueva cena que le ofreció la patrona pasó íntegra a su estómago.

Se retiró a dormir, dando orden a la pequeña Jenny de que a las siete le llamara, pues tenía que ir a la iglesia.

## VIII

Se presentó en la fábrica como se habría presentado en el palacio de la ópera.

Guantes. Bastón. Traje negro. Sombrero flexible. Corbata nueva.

Ronnie le condujo a un departamento cercano a la entrada.

—He aquí el que ha de ver su capataz—le dijo.

El capataz se volvió y Pierre lanzó una exclamación de alegría.

—¡Pero si es Pat, mi compañero de prisión!

En efecto, era aquel fornido huésped que había aludido a las chinches de su habitación.

Le tendió Pierre la mano cortésmente.

—¿Qué tal, amigo? ¿Cómo está usted?

Pat no acostumbraba estrechar la mano a los obreros que estaban bajo su jurisdicción, pero a Pierre le dio un apretón que le hizo crujir los dedos.

—Usted lo iniciará en los trabajos y costumbres de la fábrica—dijo Ronnie antes de retirarse.

Pierre, por indicación de Pat, colgó el sombrero en la percha, dejó el bastón en un rincón del despacho y se quitó los guantes.

Pat le dio uno de los trabajos más fáciles.

Por un ancho conducto que procedía del piso superior de la fá-

brica, caía la masa de la goma de masticar abundantemente.

La tarea de Pierre consistía en trasladar la masa a una vagoneta que la conducía a las prensas, para pasar de allí a las máquinas que la cortaban en forma de pastillas y harritas.

En seguida pudo Pierre comprobar que el trabajo no era tan fácil como parecía.

Aquella masa se pegaba a las manos y no había medio de desprenderla de allí.

Comenzó a sudar. Su americana negra cambió en seguida de color, adquiriendo ese tono que ofrecen los cabellos negros cuando las canas empiezan a poblarlos.

Se quitó la americana, y después el cuello planchado porque le mo-

lestaaba al rozar su carne sudorosa.

Las obreras encargadas de empaquetar las pastillas trabajaban más lenta y torpemente que de costumbre. No le quitaban ojo. Comenzaban por mirarlo compasivamente pero después se encandilaban.

—¡Qué hombre tan simpático!

—Es mi tipo.

—No se ven en América hombres así.

—¡Quién pudiera pescarlo!

Estas reflexiones y otras semejantes se hacían las empaquetadoras mientras Pierre, sudoroso, jadeante y lleno de blancos lamparones, luchaba a brazo partido con la goma de masticar.

\*\*\*

Pat recibió una llamada telefónica.

Era mister Billings, que le hablaba desde su despacho.

—¿Han puesto a sus órdenes un nuevo obrero?

—Sí, señor. ¿Se refiere usted a Pierre Mirande?

—El mismo. ¿Qué trabajo le ha dado usted?

—Está cargando la masa de la goma en las vagonetas.

—¡Ese no es trabajo para probar a un hombre! Quitelo de ahí en seguida, y dele el trabajo más duro de la fábrica. No le deje descansar un momento. Hemos de saber lo que puede dar de sí.

—Perfectamente, señor Billings.

Inmediatamente fué Pat en busca de Pierre.

—Deje eso y venga conmigo.

Pierre le siguió con las manos cubiertas de goma. Parecía que llevara unos guantes de boxeo blancos.

Lo condujo a las máquinas de amasar.

En aquel momento, dos hombres unían sus fuerzas para vaciar en el recipiente de la máquina el líquido contenido de un bidón que

medía más de un metro de altura y medio de diámetro.

Pat envió a los dos hombres a otra sección y dijo a Pierre, mostrándole los bidones:

—Vaya vaciándolos en la máquina sin parar. Si pierde un minuto la masa se echará a perder.

Pierre dirigió una mirada de terror a los bidones.

¿Cómo podría hacer él solo lo que dos recios obreros hacían con dificultad?

Pero pensó en Bárbara, pensó en que para llegar a ganar veinte mil dólares anuales se necesitaba ser un verdadero héroe, y exclamó alegremente:

—¡Eso no es nada para mí!

Y, como si alguien le inculcara una sobrehumana energía, comenzó a vaciar bidón tras bidón en el recipiente de la máquina.



\* \* \*

A las cinco, cuando ya había sonado el timbre que señalaba el fin del trabajo, mister Billings se presentó en el despacho de Pat.

—¿Qué tal el nuevo obrero?— preguntó muy sonriente.

Y la sonrisa desapareció de sus labios cuando Pat contestó:

—Formidable, mister Billings. Ha hecho el trabajo de diez hombres y mírelo usted: todavía no se ha cansado.

Pat le anunció a voz en grito que había terminado el trabajo en la fábrica y Pierre, al ver a mister Billings, se acercó a saludarle.

Estaba tan reventado como una pisada, pero sonreía satisfecho de su heroicidad.

—¿Qué tal, monsieur Mirande?—le preguntó mister Billings irónicamente—. ¿Echa usted mucho de menos su querida Venecia?

—Nada de eso, señor Billings.

Llevando esta deliciosa vida no puede echarse nada de menos.

—¿De modo que le gusta este trabajo?

—Me encanta. Cuando pienso que tengo que llegar a ganar veinte mil dólares anuales, todo me parece poco.

—¡Veinte mil dólares anuales! —exclamó mister Billings abriendo los ojos desmesuradamente—. ¿Y quién es el imbécil que ha de darle ese sueldo?

—¡Quién sabe! A lo mejor usted, mister Billings.

Este se marchó trémulo de rabia y Pat condujo a Pierre a los lavabos.

Lo llevaba cogido de un brazo, pues bien lo necesitaba, y compadecido al ver que Pierre apenas tenía fuerzas para darle vueltas al jabón entre las manos, descargó su

conciencia con la confesión siguiente:

—Si le he hecho trabajar tanto ha sido porque me lo ha mandado el viejo.

Aquellas palabras fueron para Pierre una revelación tremenda. Comprendió en seguida las intenciones de mister Billings.

—¿De modo que el viejo...?—insinuó para que Pat cantara.

—Sí, sin duda quiere que usted se canse y se vaya de la fábrica.

—¡Caramba, caramba!—exclamó Pierre alegremente—. Gracias,

amigo Pat, pero sepa usted (y así puede decírselo al viejo) que yo soy como el queso Camembert.

Cuanto más tiempo pasa, más fuerte estoy.

Pero cuando terminó de lavarse y de arreglarse, comprendió que lo que había dicho estaba muy lejos de la realidad.

Estaba hecho una sémola.

Pat, humorísticamente, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Me parece que va a cobrar un odio a muerte a la goma de masticar.

## IX

Ya había comenzado el baile en casa de Bárbara, la cual hablaba en la terraza con las amigas.

—Mi primer baile ha de ser para él y me evitaré muchos compromisos si no entro en el salón hasta que él venga.

Pero como el tiempo pasaba y Pierre no comparecía, una amiga, con intención perversa, apuntó:

—A lo mejor tiene trabajo y no puede venir.

—¡Oh, él no es de esos hombres que sólo piensan en la materialidad del trabajo! Es un sentimental, como yo. Estoy segura de que en este momento piensa en mí.

Entretanto, Pierre, en su cuarto de la pensión, pasaba momentos de verdadera angustia para ponerse el frac.

Todo le dolía. No podía mover un miembro de su cuerpo sin lanzar un "¡ay!"

Cuando consiguió terminar de ponerse el traje de etiqueta estaba tan fatigado como si hubiera subido a pie a la cumbre de una montaña.

Se sentó en la cama para descansar unos minutos.

Consideró que estaría mejor acostado y apoyó la cabeza en la almohada.

Llamaron en la puerta del cuarto.

—¡Adelante!

Era Jenny que le llevaba unas flores para adornar el lavabo.

—¿De dónde has sacado esas flores?—le preguntó Pierre temiendo hubiera sido capaz de comprarlas.

—Las he robado.

—¡Oh, Jenny! Eso está muy mal.

—No tema, monsieur Mirande. Las he robado en el cementerio y nadie puede reclamarlas.

—Menos mal.

Jenny observó que a monsieur Mirande se le enredaba la lengua al hablar.

Se acercó a los pies del lecho y

vió que se le cerraban los ojos.

—¿Está usted cansado?

—Mucho, Jenny—balbuceó Pierre.

Entonces Jenny calló y al advertir que al huésped le costaba cada vez más trabajo abrir los ojos, comenzó a cantar una canción que su madre le cantaba a ella para dormirle, hacia algunos años.

Y Pierre se quedó dormido.

Entonces Jenny se acercó de puntillas al huésped, colocó sobre el lecho una pierna que le colgaba y le echó encima el abrigo.

Realizó todas estas operaciones sin cesar de entonar la infantil cancioncilla y salió cautelosamente de la habitación.

\*\*\*

Barbara comenzaba a impacientarse.

—¿Qué le habrá pasado a Pierre?—le preguntó irónicamente el señor Billings.

—No sé. Es incomprensible que no haya venido aún.

—Acaso—dijo Ronnie—no le haya parecido esta fiesta lo bastante aristocrática para él.



—No os precipitéis en vuestros juicios. Voy a telefonarle y veréis como le ha sucedido algo.

Pero fué Jenny la que acudió al teléfono y, para no despertar a Pierre, dijo que no estaba en casa.

Bárbara sufrió una desilusión tremenda.

Pierre había preferido ir solo a divertirse a pasar a su lado la velada.

Se refugió con su amargura en el rincón más oscuro de la terraza.

Ronnie se acercó a ella.

—¿Será posible que sigas pensando en él después del desprecio que acaba de hacerte?

Bárbara rió nerviosamente.

—¿Pensar en él? Nada de eso.

El encanto se ha roto. Pierre no me interesa ya lo más mínimo.

—Me alegro de que por fin hayas entrado en razón.

Estuvo un momento pensativo, rememorando las palabras que Pierre le había dicho en el automóvil y comenzó a repetirlas.

La noche... Sus ojos... Las estrellas...

Y cuando ya le había cogido la mano, animado por el éxtasis con que Bárbara parecía escucharle, se quedó de piedra al oírla murmurar:

—No comprendo por qué no ha venido...

Esto le demostró que estaba haciendo el ridículo y se alejó furiosamente de Bárbara.

## X

Se quedó estupefacto cuando le llamaron a la mañana siguiente y se vió vestido de etiqueta.

Al comprender lo que había pasado se tiró de los cabellos. Bárbara no le perdonaría nunca aquel desaire.

Se cambió de ropa apresuradamente y corrió a la fábrica.

—¡Oh, amigo Ronnie!—se lamentó Pierre—. Tuve la desgracia de quedarme dormido. ¡Pero dormido como un tronco! ¡Qué

desdicha la mía! Bárbara no me perdonará nunca.

—¡Bah, no se apure! Yo hablaré con Bárbara y le haré comprender que lo que a usted le sucedió fué muy natural. Estoy seguro de que lo olvidará en seguida.

—¿De veras hará usted eso?—exclamó Pierre gozosamente—. ¡Oh, gracias. ¡Es usted un buen amigo!

Y siguió trabajando animosamente.

\* \* \*

Bárbara se presentó en el despacho de su padre.

—¿Qué te trae por aquí, hija

mía?—le preguntó el señor Billings.

—Quiero hablar con Pierre.

Mister Billings se puso repentinamente serio.

—Está bien. Llamaré a un muchacho para que te acompañe.

—¿Ir yo a buscarlo después de lo que me hizo anoche? ¿De ningún modo! Hazlo venir aquí.

—Eso es imposible, Bárbara. Ningún obrero puede entrar en mi despacho.

—Pero por una vez...

—De ningún modo. Sería violar la disciplina de la fábrica.

Pero al ver que el semblante de su hija adquiría una expresión amenazadora buscó una fórmula de arreglo.

—Lo que puedo hacer es permitir que uses mi teléfono.

Bárbara se conformó.

Pat llamó a Pierre a su despacho.

—Al teléfono—le dijo indicándole el aparato.

Pierre se abalanzó sobre él, temblor de esperanza, y su temblor aumentó al oír la voz inconfundible de Bárbara.

Le pidió ella explicaciones y él le contó toda la verdad.

Las consecuencias de su sinceridad fueron funestas.

—¡Mientes! No pudiste quedarte dormido porque no estabas en casa. Telefoné y me dijeron que habías salido. Todo ha terminado entre nosotros.

Y colgó el auricular.

Pierre hizo lo mismo, pero con un ademán de profundo desaliento.

Quedó allí un buen rato, triste y pensativo.

Entró Pat.

—¿Algún disgusto, amigo Pierre?

—Sí, Pat. Un disgusto muy grande.

—¡Bah! No haga usted caso. Hay días en que el viejo se levanta de mal humor y lo paga el primero que se le pone por delante.

Se acercó a él y le dijo en voz baja, guiñándole un ojo:

—Para esas enfermedades tengo yo una medicina infalible.

—¿Cuál?

—Un medicamento que se llama whisky.

Pierre le miró incrédulamente.

—¿Pero hay whisky en Norte América?

—Ahora verá.

Y Pat se subió a una mesa, apoyó un pie en una estantería llena de muestras de *chiclets* y descolgó un libro de una al repisa.

No era tal libro, sino una caja con lomo cuyo interior contenía una botella.

—¡Ah, pillín!—exclamó Pierre.

De pronto, se oyó un crujido, el pie de Pat perdió su punto de apoyo y cayó al suelo estrepitosamente volcando la estantería.

La botella se hizo añicos y el líquido se desparramó por el suelo mezclándose a las muestras de *chiclets*.

Pat estaba aterrado.

—¡Por Dios, amigo Pierre! Recojámoslo todo en seguida. Si se le ocurre al viejo venir, estoy perdido.

Mientras Pat iba por unos paños para secar todo lo que el whisky había mojado, Pierre caderezó la estantería y comenzó a colocar sobre los anaqueles las desparramadas muestras.

Tan absorto estaba en su tarea que no oyó los pasos de una persona que entró en el despacho.

Por eso, al volverse para recoger más *chiclets* del suelo y ver que entre ellos había unos pies humanos, se llevó un susto más que regular.

Allí estaba el señor Billings mirándole con sonrisa sarcástica.

—¿De modo que sobre sus muchos defectos tiene usted el de ser un borrachín?

—No, señor Billings. Es que...

Se detuvo. Comprendió que para salvarse él tendría que acusar a Pat, y antes que traicionar a un amigo prefirió afrontar las consecuencias.

Y las consecuencias fueron terribles.

El señor Billings bramó:

—¡Ha violado usted el reglamento de la fábrica y la constitución de los Estados Unidos! ¡Vaya usted a caja a cobrar y no vuelva jamás por esta casa!



\*\*\*

Pierre se dejó caer en una silla, abrumado por su desventura.

Aun tenía en las manos los *chiclets* que iba a ordenar en los anaqueles.

Maquinalmente, absorto en la negrura de su porvenir, desenvolvió un *chiclet* y se lo llevó a la boca.

Poco a poco su semblante fué cambiando de expresión. El *chiclet* hacía gusto a whisky. Y ciertamente resultaba exquisito. ¿Cómo no se le habría ocurrido a ningún fabricante substituir las frutas por licores? ¿No representaría eso un formidable negocio en un país donde la ley prohibía los licores?

Se levantó de un salto, elevó los brazos al cielo y profirió un grito delirante.

En aquel momento entró Pat.

—¿Qué le pasa?

—¡Que soy millonario!

Pat le dirigió una mirada recelosa. ¿Se habría vuelto loco?

—Sí, amigo Pat—exclamó Pierre en voz cada vez más alta, y añadió señalándose la cabeza: —Aquí, aquí dentro han caído en un instante una porción de millones.

Echó a correr hacia el despacho de mister Billings. Un empleado trató de detenerle, pero Pierre le hizo rodar por el suelo de un empujón.

Otro que se interpuso en su camino, corrió la misma suerte.

Penetró como una tromba en el despacho de mister Billings.

Este se enfureció al verle.

—¡Fuera de aquí!—gritó.

Pero Pierre lanzó un grito más fuerte todavía.

—¡Millones, señor Billings! ¡Le traigo millones!

El dueño de la fábrica fué a

proferir una segunda exclamación y Pierre aprovechó la ocasión para introducirle un *chiclet* en la boca.

—¡Mastique usted! ¡Ahí están los millones!

Y mientras mister Billings, dominado por el ímpetu formidable de Pierre, comenzaba a masticar el *chiclet*, éste le explicó:

—En Norteamérica hay que llevar el licor escondido en el bolsillo trasero del pantalón. Los norteamericanos se pirran por la bebida precisamente porque les pro-

hiben beber. Pues bien, si nosotros fabricamos *chiclets* de whisky, de coñac, de ron, de anís, de ginebra, tendremos un éxito formidable.

En el rostro de mister Billings se reflejaba una emoción profunda. La idea era realmente genial.

—Hay que tener presente que el alcohol no se puede vender de ningún modo.

—No hace falta poner alcohol. Con poner la esencia basta.

—¡Oh, bravo! ¡Es usted un genio, amigo Pierre!

## XI

Desde su despacho, Pierre daba órdenes por teléfono a los capataces de la fábrica.

Su mesa estaba llena de papeles. Al mismo tiempo que telefonaba dictaba cartas a sus taquígrafas.

El éxito de la goma de mastigar con esencia de licor había superado a lo previsto por Pierre y por mister Billings.

La fábrica había tenido que cuadruplicar su personal para poder atender a todas las demandas que llegaban de los diversos estados de Norteamérica.

Quien en realidad llevaba ahora el negocio era Pierre. Mister Billings se limitaba a poner firmas

donde él le decía y a aprobar todos sus proyectos.

Pierre y el dueño de la fábrica eran ahora dos grandes amigos.

Un día se le ocurrió a mister Billings celebrar el éxito con un banquete en casa de Antoinette, al que debían asistir todos sus corredores, que no eran otros que los compañeros de hospedaje de Pierre y Pat.

Fué una noche inolvidable. Mister Billings llevó varias botellas de un rico whisky que tenía oculto en su casa y bebió hasta sentir ganas de cantar y bailar.

Pierre lució sus habilidades cantando una tonadilla francesa que

allá por París oyó cantar a un tal Mauricio Chevrolet, o Chevalet, o Yigolet, o algo parecido, y mister Billings le hizo el acompañamiento imitando el saxofón. A media noche, Pierre tuvo que acompañar a casa a mister Billings y Bárbara quedó estupefacta al

verles llegar abrazados y entonando canciones marineras.

Bárbara era la única que no estaba muy satisfecha del éxito obtenido por Pierre, pues ello había determinado un notable cambio en su modo de ser.

\* \* \*

Aquella noche Pierre había de cenar con ellos y como más de una vez había sucedido que el exceso de trabajo le impedía acudir a la hora fijada, Bárbara quiso asegurarse de que iría.

Al entrar la joven en el despacho, terminaba Pierre de dictar la última carta a la mecanógrafa y ésta, prudentemente, pidió permiso para retirarse.

—Vengo por ti, Pierre. Vamos a dar un paseo en automóvil hasta la hora de cenar.

—¡Pero si faltan cinco horas

todavía, Bárbara!—protestó Pierre—. Además, es preciso que vaya esta tarde a Cleveland donde vamos a poner un depósito de nuestros *chiclets*.

—Eso quiere decir—se lamentó Bárbara—que será inútil que te espere.

—¡Oh, no! Te aseguro que esta noche no falto.

—La culpa la tuve yo por haber hecho las paces contigo después de la primera noche que me plantaste.

—No te planté, Bárbara. Bien



te he demostrado que me quedé dormido sin darme cuenta.

—Bueno. Esta noche no te esperearemos más que cinco minutos. Si te retrasas más te quedarás debajo de la mesa.

—Verás como llego con media hora de anticipación, querida Bárbara.

—Así sea—dijo Bárbara sin ninguna convicción.

\*\*\*

Ya estaba guardando los papeles para dirigirse a Cleveland, cuando un organillo se detuvo debajo del balcón y comenzó a tocar "Nueva Felicidad".

Tuvo una de sus geniales ideas. ¿Y si aplicara a aquella música una letra ensalzando la calidad de los *chiclets* de licor? Sería una bonita propaganda. Al mismo tiempo que aquella musiquilla se hacía popular en los Estados Unidos, él se cuidaría de que se popularizase no su verdadera letra, sino la que él iba a componer.

Comenzó a escribir y a darse tirones de los cabellos como si quisiera arrancar de ellos la inspiración.

Muy mal. En el primer verso sobraban sílabas. Tuvo que romper el papel y coger otro nuevo.

Después de grandes luchas y de romper la punta de cuatro lápices estaba terminada la primera estrofa.

Hacia ya mucho tiempo que el organillo se había marchado y Pierre seguía laborando con ahinco.

El estribillo fué causa de que rompiera unas veinte hojas de papel y una docena de lápices.

A la hora de la cena, continuaba escribiendo y tachando afanosamente.

Entretanto, Bárbara se impacientaba. Habían pasado los cinco

minutos de retraso que le había concedido y continuaba vacía la silla de Pierre.

—No es cosa de seguir esperando—dijo mister Billings—. ¿Acaso no podemos cenar sin él?

—Naturalmente—dijo Bárbara con despecho.

En este momento entró una doncella con una caja de flores para Bárbara.

Era un obsequio de Pierre. Sin duda pretendía disculpar así su ausencia. Pero se equivocó de medio a medio.

Bárbara, al ver la tarjeta del amado, arrojó despreciativamente las flores en un rincón.

—No te pongas así, Bárbara—dijo el señor Billings—. Sin duda tiene entre manos algún trabajo que no puede dejar.

—Peor aún. Ya estoy harta de los *chiclets*, del trabajo y de los negocios. Desde que Pierre lleva la fábrica no puede una dar un paso sin tropezarse con el nombre de Billings. Por todas partes están pintados esos malditos *chiclets*.

—Piensa, Bárbara, que si no fuera por los *chiclets* no llevarías medias de seda.

—¿Preferiría ir descalza?

Y allí terminó para Bárbara la cena.

## XII

Cuando estuvo terminada la canción, Pierre salió de su despacho y se dirigió velozmente en busca del señor Billings.

Lo encontró en el salón, fumándose el puro de después de la cena.

—¡Una gran idea, señor Billings!

A éste no le causó la menor extrañeza. Estaba ya acostumbrado a las grandes ideas de Pierre.

—¿De qué se trata?

—Pues asómbrase usted. De una canción que he compuesto sobre los *chiclets*. Puedo asegurarle que dentro de dos meses será más popular que "La Madelon".

Y se sentó al piano y tocó "Nueva Felicidad" aplicándole la letra que acababa de escribir.

En este momento iba a entrar Bárbara en el salón, pero se detuvo. El hecho de que Pierre hubiera convertido en un vulgar anuncio aquella canción que le cantaba en los atardeceres de Venecia, acabó de convencerla de que ya nada podía esperar de él.

Se fué al jardín a llorar sus perdidas esperanzas.

Al señor Billings, en cambio, le pareció magnífica la canción.

Le felicitó calurosamente.

—Nos vamos a hacer con todo el dinero de Norteamérica.

Pero al tocar este punto, Pierre levantó una mano significativamente.

—De eso hemos de hablar, señor Billings. Ya es hora de que afrontemos la cuestión económica. Hasta ahora estoy trabajando sin condiciones. Hoy tengo interés en dejar este asunto arreglado.

—Me parece muy bien, Pierre. Usted dirá lo que quiere ganar.

—Hable usted primero.

El señor Billings estuvo un instante en silencio, haciendo cálculos.

—¿Le parece bien diez mil dólares al año?

—¿Diez mil dólares?—exclamó Pierre despreciativamente— ¡Puf!

Y al mismo tiempo que decía "puf" levantó el dedo índice.

—Doce mil—dijo el señor Billings.

—¿Doce mil? Otro ¡puf!

—No puedo subir más. ¿Cuánto pretende ganar usted?

—Sesenta mil—dijo Pierre con naturalidad.

—¡Qué horror! ¡Antes la muerte que darle a usted ese sueldo atroz!

—Bueno, dejemos el bluf y hablemos claramente. Yo, señor Billings, necesito casarme.

—Perfectamente. ¿Cuánto necesita para formar un hogar?

—Veinte mil dólares.

—De acuerdo.

Se estrecharon la mano.

—¿Y quién va a ser la esposa... si puede saberse?

—Pues... Bárbara. ¿No lo sabía usted?

El señor Billings adoptó un tono paternal para decir:

—Sí, lo sabía desde que salimos de Venecia.

—¿Y está usted conforme?

—¿Cómo no he de estarlo si creo que un hombre como tú no se encuentra fácilmente?

—¡Oh, gracias!—exclamó Pierre radiante de alegría.

Se detuvo un momento y añadió, emocionado:

—Oiga usted, señor Billings... En Francia, cuando recibimos alguna gran alegría, tenemos la costumbre de expansionarnos abrazando a la persona que está en ese



momento con nosotros. ¿Me permite usted que siga la costumbre de mi país?

—¿Por qué no?

Pierre le abrazó y le besó.

Algo extraño pasó entonces en el alma de Billings. Se había en-

ternecido como una criatura. Por primera vez en su vida de hombre de negocios tuvo que hacer esfuerzos para evitar que alguna lágrima delatase su emoción.

Y entonces fué él el que abrazó efusivamente a Pierre.

\* \* \*

Salió al jardín en busca de Bárbara.

Al verla sentada en un banco corrió hacia ella lanzando gritos de júbilo.

—¡Bárbara!

Ella sonrió con indiferencia.

—¿Qué te pasa, Pierre?

—¡Hoy es el día más feliz de mi vida! Tu padre me da veinte mil dólares de sueldo al año y consiente en que me case contigo.

Bárbara no se conmovió:

—Ahora soy yo la que tengo que decidir—dijo friamente.

El la miró extrañado.

—Y decido que no quiero casarme contigo.

—¡Oh, Bárbara! ¿Por qué?—preguntó Pierre sin acabar de dar crédito a lo que oía.

—Porque eres ya como todos—repuso Bárbara rechazándolo—. Antes eras distinto a los demás. Por eso me enamoré de ti. Ahora no te diferencias en nada de un americano cualquiera. Sólo piensas en el trabajo, en ganar mucho dinero. No nos engañemos, Pierre. No eres el hombre capaz de hacerme feliz.

Tan desconcertado estaba Pierre ante aquella inesperada contestación, que no supo qué decir.

Siguió a Bárbara maquinalmen-

te hasta la casa. Una vez allí le preguntó:

—¿Es que amas a otro?

Bárbara quedó un momento pensativa. El despecho le hizo decir:

—Sí, amo a Ronnie.

—¿A Ronnie? No puedo creerlo, Bárbara.

Pero en aquel preciso momento llegó Ronnie acompañado de mister Billings. Bárbara le llamó y le dijo:

—No se creen que nos amamos, Ronnie. Para que se convenzan dame un beso.

El más sorprendido fue Ronnie, pero no desaprovechó la ocasión de besar a Bárbara.

Pierre no quiso ver más. Se dirigió a la puerta.

Mister Billings le detuvo.

—¿Adónde vas, Pierre?

—No sé. Ya nada tengo que hacer aquí.

Y atravesó aquel umbral... por última vez.

El señor Billings se revolvió furioso contra Bárbara.

—¡Jamás consentiré en esa boda!

—¡Me casaré con quien yo elija!

Y en un arrebato de orgullo, se llevó a Ronnie del brazo y al llegar a la puerta le dijo:

—Ven a buscarme dentro de una hora. Te esperaré junto al lago. Nos fugaremos.

Así haría la situación irremediable.

\* \* \*

Al ver que Pierre estaba arreglando la maleta, Jenny se sobresaltó.

—¿Se va usted, monsieur Mirande?

—Sí.

—¿Para mucho tiempo?

—Para siempre.

—¡Oh, no! Yo no quiero que se vaya.

—No tengo más remedio, Jenny.

—Pues lléveme con usted.

A pesar de su tristeza, Pierre se echó a reír.

—¡Oh, pequeña Jenny! Eso es imposible.

—Si tuviera veinte años y fuera bonita sí que querría usted llevarme.

—Entonces no querrías tú que te llevara, Jenny.

—Yo diría que no, pero usted me raptaría como hacen los príncipes de los cuentos de hadas.

Pierre quedó un momento pensativo. Aquellas palabras eran una solución para su problema. Poco a poco se fué transfigurando su semblante y acabó por lanzar una alegre carcajada.

Se puso a bailar, después abrazó a la pequeña y después salió corriendo de la habitación.

Al llegar a la propiedad de los Billings, vió que Bárbara estaba en el desembarcadero del lago. Al lado había una canoa. ¡Magnífico! Todo aquello favorecía sus planes.

Se quitó el abrigo. Dió un rodeo, se acercó cautelosamente y

le echó el gabán sobre la cabeza.

La cogió en brazos y saltó con ella a la canoa.

Bárbara gritaba:

—¡Déjame, Ronnie! ¡No quiero ir contigo! ¡Sólo amo a Pierre! ¡Es el despecho lo que me ha impulsado a mentirte!

Pero la canoa partió velozmente, al mismo tiempo que Ronnie llegaba al desembarcadero y se llevaba el consiguiente chasco al ver que la canoa partía pilotada por Pierre.

Por fin, la indignada Bárbara logró asomar la cabeza por entre los pliegues del abrigo.

Al ver que era Pierre y no Ronnie el que estaba a su lado, se quedó estupefacta.

Pierre sonreía.

También Bárbara acabó por reír, un poco nerviosamente, hasta estallar en franca carcajada.

¡Oh, su Pierre! ¡Qué romántico, raptándola de aquel modo!

Y el viaje de fuga se convirtió en paseo y en medio del lago se detuvieron para sellar con un beso su compromiso matrimonial.

...

Y, claro, se casaron. Fué una fiesta espléndida.

Antes de partir en viaje de novios, Pierre contó a Bárbara quien había sido la inspiradora de la hazaña que les había llevado al altar.

Y entonces fueron los dos a visitar a la pequeña Jenny para decirle que cuando regresaran del viaje de novios se la llevarían a

vivir con ellos.

Así, Jenny, no tendría que separarse nunca de quien había sido un padrecito bueno para ella, tendría en Bárbara una segunda madre que la convertiría, a semejanza suya, en una lindísima señorita, tan linda, tan linda como para que se enamorase de ella el príncipe que tuviera la simpatía de Pierre.

FIN

**Próximo número:**

La emocionante e interesantísima novela

## TEMPESTAD

por JOHN BARRYMORE y CAMILA HORN

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barcelona: Barberá, 16. — Madrid: Ferraz, 21



# COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

## LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Scruoff o El Correo del Zar.—La primera que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Maze Nostrum.—Nantís, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohémia.—Zará.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Cosanova.—Horn Imperial.—La sía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Catedral del Líbano.—La Tierra de los indios.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Melacera.—El Capitán Barrell.—El jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amores.—El Principio estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alan.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El Ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amores.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diables.—¡Río, papá, río!—Volga, Volga.—La sinfonia Paídica.—Un cierto muchacho.—Nostalgia.—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Miser Wn.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi país!—Sombras blancas.—La copia andaluza.—Los corazones.—El anillo de Montecarlo.—La mujer floja.—Miserable...

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito. Véase al no:

## **El precio de un beso**

por José Mojica y Mona María  
(3 ediciones)

## **Del mismo barro**

por Mona María y Juan Torera  
(8 ediciones)

## **Ladrón de amor**

por José Mojica y Mona María  
(2 ediciones)

## **El Valiente**

por Juan Torera  
(2 ediciones)

## **El presidio**

por José Crespo  
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

## **Romance**

por Oreta Garbo y Lewis Stone

**Colección de 6 postales de JOSÉ MOJICA**  
(2 ediciones)

JICA



Precio: Una peseta